

CAPÍTULO 1

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA INMIGRACIÓN: EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD

Iñaki García Borrego

I

Muchos lectores habrán reconocido en el título la referencia al clásico de Berger y Luckmann, *La construcción social de la realidad*. Para los demás, tal vez sea conveniente explicar que en sociología se habla de “construcción social” para recordar que las relaciones sociales no tienen nada de natural, puesto que no se fundamentan en lo biológico ni en lo ambiental (ambas cosas las determinan, pero menos de lo que se cree). Decir que la realidad está socialmente construida es también una forma de decir que nada es tan obvio como parece, porque todo depende, como suele decirse, del cristal con que se mira.

En el tema de la inmigración esto es muy importante. Aunque no cabe duda de que cada vez viene más gente de otros países a vivir en España, eso es seguramente lo único que podemos afirmar con la certeza de estar describiendo un hecho objetivo. Todo lo demás está mucho menos claro, puesto que la inmigración, como todo fenómeno social, está simbólicamente construida: en torno a ella hay representaciones, ideas y cuestiones que afectan a nuestra forma de verla, de entenderla y de relacionarnos con ella. Y lo que es más importante: que afectan al fenómeno mismo, puesto que todas esas ideas que tienen tanto los españoles como los inmigrantes influyen en las relaciones entre unos y otros, y en el proceso de asentamiento de estos últimos en España. De manera que hablar de la construcción social de la realidad no significa que una cosa sea la “realidad objetiva”, que sería la base sólida de la sociedad, y otra claramente diferenciable nuestra forma de interpretarla, las ideas subjetivas que nos hacemos de ella, y que serían como una especie de niebla flotando sobre esa base, cubriéndola pero sin tocarla. No es así, porque ambas cosas, realidad e interpretación, están mezcladas, y la realidad está hecha en gran parte de las ideas que tenemos de ella. Nuestra forma de verla e interpretarla la están modificando continuamente.

Espero que esto se entienda mejor con algunos ejemplos. El primero de ellos es la forma misma en que definimos a los inmigrantes. Seguramente, cuando pensamos en ellos nos imaginamos a personas jóvenes de origen magrebí o andino, es decir, a mujeres y hombres provenientes de la periferia del sistema capitalista mundial que han venido a España a trabajar en el campo, en la construcción, en el servicio doméstico... Pero los estudios sobre la inmigración (por lo menos, los buenos estudios) muestran claramente

que muchos de los inmigrantes que viven en España no se corresponden con ese perfil, sino que son personas venidas de la UE, ancianos que han escogido la orilla noroeste del Mediterráneo para vivir sus años de jubilación, o ejecutivos de empresas multinacionales que viven en las ciudades donde se hacen los grandes negocios, como Madrid o Barcelona. Aunque los datos muestran que esos otros inmigrantes “ricos” son casi tantos como los “pobres” (de hecho, hasta el año 2000 los primeros eran la mayoría, y sólo recientemente han sido superados en número por los segundos), misteriosamente apenas pensamos en ellos, e incluso podría decirse que casi ni los vemos, como si fuesen invisibles, a pesar de que no se esconden en absoluto, sino que se agrupan para vivir y tienen unos lugares de reunión bien visibles. Y como decía más arriba, este fenómeno de “invisibilidad social” no es algo que esté sólo en cada una de nuestras cabezas, sino en el imaginario colectivo que refleja las relaciones sociales, y que afecta a nuestra forma de relacionarnos con unos inmigrantes y con los otros, a los tratamos de forma muy distinta según de dónde provengan.

Pero igual que hay inmigrantes a los que no consideramos tales, y a los que por lo tanto no tratamos como tales, hay otras personas a los que tratamos como inmigrantes sin serlo. Me refiero a los hijos de los inmigrantes. A menudo les llamamos “inmigrantes de segunda generación” aunque nunca hayan inmigrado, puesto que muchos de ellos han nacido aquí, y ni siquiera conocen el país con el que nosotros les asociamos. Insisto en que no es sólo cuestión de una mera percepción subjetiva distorsionada que deberíamos corregir, sino de relaciones sociales: a estas personas también les afecta mucho que les veamos y les tratemos de una forma o de otra, que les etiquetemos como inmigrantes cuando en realidad no lo son.

Esto último, los efectos que la construcción social de la inmigración tiene sobre los inmigrantes, se verá más claramente en el siguiente ejemplo: es sabido que muchos trabajadores inmigrantes se emplean en el sector de la construcción, sobre todo los provenientes de Marruecos y de países del este de Europa. Pues bien: un estudio del Colectivo Ioé (2000) muestra que los marroquíes son discriminados en el sector de la construcción, pues sus conocimientos y su experiencia no suelen ser tenidos en cuenta. Es justo lo contrario de lo que les pasa a los europeos del este, que son más valorados, consiguen mejores puestos de trabajo y ascienden más deprisa dentro de las empresas. La principal razón de que esto sea así es la construcción social de las diferencias nacionales de los inmigrantes, es decir, las ideas que nos hacemos sobre ellos dependiendo de su nacionalidad. Me explico: como en general el nivel educativo de los europeos del este es más alto que el de los marroquíes (esto es un hecho objetivo bien documentado), los encargados de obra y los jefes de cuadrilla imaginan, dejándose llevar por estereotipos, que los europeos están más preparados para realizar tareas complejas y manejar maquinaria que los marroquíes. Pero la realidad es justo la inversa, dado que en el sector de la construcción la cualificación real se obtiene sobre todo por la experiencia, y mientras que muchos marroquíes eran albañiles, soldados, encofradores o ferrallistas con años de experiencia en Marruecos, la mayoría de los trabajadores del este no tienen experiencia en esa clase de trabajos, por mucho que sean técnicos cualificados en otros oficios o tengan un título de enseñanza media o superior, cualificaciones que no les sirven para mucho en el tajo.

Pondré un último ejemplo, que también tiene que ver con las personas de origen magrebí. Quiero insistir sobre ello porque ese es uno de los aspectos de la inmigración donde más claramente se ve cómo nuestros prejuicios subjetivos se traducen en discriminaciones

objetivas. (Y es escandalosa la irresponsabilidad con que algunos agitan los fantasmas del pasado para avivar hogueras del presente, actuando como bomberos pirómanos que primero provocan un incendio y luego se aprovechan del miedo de la gente para ofrecerse a apagarlo. Me refiero a las palabras pronunciadas recientemente por José M^a Aznar en la universidad de Georgetown relacionando a Al Qaeda con las invasiones moriscas del siglo VII.) Muchos marroquíes que llevan años viviendo en España o viniendo regularmente a este país, y que por lo tanto conocen bien esta sociedad, este idioma y esta cultura, están siendo sustituidos por trabajadores de otros países en los más diversos sectores, desde la agricultura hasta el servicio doméstico, con la idea (que muchas veces no es más que un pretexto para despedir a un empleado y contratar a otro menos exigente) de que su cultura hace difícil su integración, y de que esta será más fácil y menos problemática con inmigrantes de otros países, aunque lleven menos tiempo en España y provengan de lugares mucho más lejanos.

II

De manera que no se puede entender lo que está pasando con el fenómeno de la inmigración sin tener en cuenta cómo este está construido simbólicamente, es decir, cómo todas las ideas que circulan a lo largo y ancho de la sociedad española sobre él afectan a las relaciones entre españoles e inmigrantes.

Ahora, demos un paso más allá en la comprensión de esta problemática. Para ello, hay que hilar más fino: no basta con decir que la realidad de la inmigración está socialmente construida, sino que hemos de preguntarnos quiénes son los actores sociales concretos que realizan esa construcción. En sociedades tan complejas como las contemporáneas, donde la división social del trabajo ha alcanzado un grado tan alto de desarrollo hasta formarse instituciones y organizaciones de todo tipo, no basta con decir que construimos la realidad “entre todos”, hay que ir más allá y ver qué papel juega cada cual. Cuando hablo de instituciones no me refiero sólo a las públicas, sino a las de muchas clases: instituciones políticas como la UE y los partidos, instituciones culturales como la universidad o económicas como las organizaciones empresariales y los sindicatos, organizaciones cívicas como las ONGs y los movimientos sociales, etc. Veamos cuáles son esas principales instituciones, organizaciones o agentes sociales que influyen en nuestra percepción de la inmigración, cuáles son las lentes (retomando la metáfora del principio, cuando decíamos que todo depende del cristal con que se mira) a través de las que la miramos:

En primer lugar hay que mencionar a las instituciones políticas, que constituyen en sí mismas toda un sistema complejo de agentes especializados actuando a diferentes niveles de forma no siempre coordinada, y a veces incluso contradictoria. Un ejemplo de esas contradicciones es la cuestión de las políticas de integración, en las que mientras por una parte las instituciones locales tratan de facilitar el acceso de la población inmigrante a los servicios y prestaciones sociales, por otra el Estado central (que en esta cuestión, como en la mayoría, es el que tiene la última palabra) pone cortapisas a esa integración, levantando barreras entre los inmigrantes documentados y los indocumentados.

Pero la articulación de las instituciones del Estado es aún más complicada, pues se trata de un actor multinivel no sólo en ese sentido territorial en el que hay cuatro niveles (local, autonómico, español y europeo), sino también en un sentido funcional. En efecto, toda nueva ley, toda actuación institucional, cualquier diseño de una política pública del

tipo que sea depende para su aplicación del aparato burocrático del Estado, es decir, de la Administración Pública. (Por cierto, que a menudo se confunde a la Administración con el Estado, cuando en cuestión de decisiones políticas los agentes son los partidos y la Administración es la herramienta de ejecución, aunque esa herramienta sea en sí misma un aparato sumamente complejo y poderoso.) Esta jerarquía funcional tiene también su expresión jurídica en la jerarquía legal que se establece entre los diferentes tipos de leyes, los reglamentos donde se desarrollan esas leyes y se concreta cómo se van a hacer cumplir, los diversos programas y planes donde se diseñan las líneas de actuación institucional, etc. Y aunque el carácter jurídico del complejo organizativo “Estado-Administración” pueda hacernos pensar que funciona como una maquinaria perfectamente engrasada de arriba hacia abajo (ideal propio de su naturaleza de organización burocrática), la realidad es bien distinta, pues muchas veces lo decisivo no es lo que dice literalmente tal o cual ley, sino lo que dice el correspondiente reglamento sobre cómo se va a aplicar, los recursos que se dediquen a ese cumplimiento efectivo, la interpretación que hagan de ella los jueces o las indicaciones que se trasmitan a lo largo de la Administración, de arriba abajo del aparato burocrático del Estado, sobre el celo, la rigidez o la flexibilidad con que esa ley debe aplicarse. Las sucesivas leyes de inmigración que ha habido en España son un buen ejemplo de esto, y cualquiera que las conozca un poco y haya seguido los debates sobre su aplicación ha podido ver cómo los gobiernos han jugado a ampliar o ceñir el margen de interpretación que todas esas leyes, en el momento de aprobarse, dejaban al reglamento que debía concretar su ejecución. Igual que también han maniobrado, por otra parte, con los márgenes de su cumplimiento. De esta manera, dentro de las instituciones públicas hay dos esferas claramente diferenciables: por una parte esa gran maquinaria burocrática que es la Administración, y por otra los partidos políticos cuyos miembros ocupan los puestos de dirección de esa organización¹.

En segundo lugar están los medios de información de masas², a los que nombraré, por comodidad, con la palabra latina que suene utilizarse en inglés para ello: los media. A nadie escapa el papel destacado que desempeñan en la formación de las representaciones sociales, porque ningún otro agente tiene tanto poder como ellos para difundir un determinado mensaje, ni goza de tanta legitimidad para hacer valer su derecho a la libertad de expresión, pues se supone que es ese uno de los derechos democráticos fundamentales. El poder de los media es evidente en una cuestión como la de la inmigración, que por no haber aparecido en el escenario público hasta hace poco, se encuentra en lo que podría llamarse, recurriendo a una metáfora geológica, un “momento magmático”, una etapa de consolidación inmediatamente posterior a su aparición. Como si se tratase de la lava de un

¹ Zapata-Barrero (2004) resume muy bien el papel que juegan los partidos en la formación de discursos sobre la inmigración cuando dice que “tras las diferentes convocatorias electorales (locales, autonómicas, estatales), los partidos políticos están construyendo sus *discursos sobre la inmigración*. Este momento es clave. El diseño de este discurso tiene unas implicaciones sociales muy directas, puesto que lo que se está discutiendo son argumentos que adquieren el carácter de principios prácticos para el ciudadano, quien necesita justificar sus percepciones y comportamientos ante este proceso de cambio en el que nos encontramos, y que tiene su origen en la llegada y permanencia de la inmigración. Al construir discursos, los partidos están legitimando comportamientos ciudadanos, y confirmando-negando interpretaciones del proceso que tiene un origen más emocional que racional”.

² Siguiendo a Jesús Ibáñez (1994), preferimos decir “medios *de información* de masas” que “medios *de comunicación* de masas”, por dos razones: primera, porque en esos medios no tiene sentido hablar de comunicación, puesto que no hay en ellos interacción comunicativa: la información fluye en una sola dirección. Segunda, porque Ibáñez decía, jugando con el doble sentido de la palabra “informar”, que los medios de información de masas in-forman a las masas, les dan forma moldeando sus actitudes en un sentido uniformador.

volcán que acaba de entrar en actividad, el fenómeno de la inmigración ha brotado recientemente en las portadas de los periódicos, en la superficie mediática en la cual las cosas están a la vista de todos los que ven la televisión, escuchan la radio, leen o comentan la prensa, etc., es decir, del conjunto de la sociedad Y como esa lava recién surgida aún está caliente, todos los que la observan extenderse fluidamente por esa superficie mediática se preguntan con cierta inquietud qué forma va a tomar cuando se enfríe, cómo se va a consolidar y cómo va a modificar el paisaje social. Así, a diferencia de otros temas que llaman mucho menos nuestra atención pues parecen haber estado siempre en las páginas de los periódicos (como por ejemplo los dimes y diretes entre los grandes partidos políticos), el tema de la inmigración es relativamente nuevo en España, por lo que aún no están del todo formadas las posturas y opiniones en torno a él.

Hace algunos años, un ministro español dijo que no era lo mismo la opinión pública que la opinión publicada. Lo dijo así para defenderse de las críticas de quienes le acusaban de hacer políticas impopulares, y al introducir esa distinción entre público y publicado estaba señalando que el conjunto de ideas, opiniones y actitudes compartidas por una población en un momento dado no se limitan a las expresadas en los media por aquellos a los que justamente se llama “líderes de opinión” (personajes públicos prestigiosos, periodistas famosos, editorialistas y jefes de redacción de medios de gran audiencia, políticos con capacidad para obtener espacio mediático, etc.). Sin embargo, ese ministro sabía perfectamente —y ahí le dolía— que la opinión pública se forma en buena medida a partir de la opinión publicada, es decir, de los mensajes que esos líderes (que pueden ser anónimos, como los redactores y editorialistas de los medios de gran tirada, o simples portavoces de alguien que está detrás y prefiere no aparecer en público) lanzan a la arena pública, mensajes a partir de los cuales se ponen los discursos en circulación a través de los múltiples canales comunicativos de la vida cotidiana. Y cuando mejor se observa esto es en los casos extremos, por ejemplo, cuando al día siguiente del lanzamiento de un contenido mediático (que puede ser un acontecimiento al que los media dedican una atención especial, como la boda de un príncipe, o un simple programa de entretenimiento, como Operación Triunfo) todo el mundo parece estar hablando de lo mismo en sus casas, centros de trabajo, lugares de reunión, bares y cafeterías, etc. Y aunque siempre nos guste pensar que tenemos nuestra propia opinión personal más o menos formada e informada, lo cierto es que la mayoría de las veces esas opiniones son, como saben muy bien quienes se dedican a estudiar a la opinión pública, una especie de eco más o menos fiel de alguna otra opinión más “autorizada”, generalmente la de algún líder político o mediático a quien otorgamos credibilidad. De manera que, haciendo un esfuerzo de abstracción para dar un nombre unificador al conjunto de discursos que circulan a lo largo y ancho del espacio social (o, por lo menos, a los que son mayoritarios y en torno a los cuales hay más consenso), podemos pensar en eso que los periodistas llaman “opinión pública” como en un actor social difuso al que los responsables políticos vigilan siempre con el rabillo de un ojo a la hora de tomar sus decisiones, mientras mantienen el otro fijo en la opinión publicada, o sea, en los medios que in-forman a las masas.

Pero políticos y periodistas no son los únicos agentes con capacidad para poner discursos en circulación. Junto a ellos (y tal vez debería decir bajo ellos, tapados por la gran sombra de esos dos gigantes y habitando los intersticios que dejan) se encuentran otros agentes menores, como los movimientos sociales, o no tan menores, como los sindicatos, las organizaciones empresariales y las grandes ONGs. Todos ellos juegan un papel en la

construcción social de la inmigración, pues aunque no tengan mucho poder para influir en las decisiones políticas (excepto algunos pocos), para ganar espacio mediático o para influir en la opinión pública (salvo en la de sus miembros y simpatizantes), cuentan con la fuerza simbólica que les otorga su condición de representantes de eso que suele llamarse la “sociedad civil”. Y es gracias a esa legitimidad, a eso que los sociólogos llamamos “capital simbólico”, como logran que sus opiniones aparezcan en los media y sean hasta cierto punto tenidas en cuenta por los políticos. Aunque ello no esté en absoluto garantizado, sino que sea un logro democrático que debe ser continuamente mantenido y actualizado, para lo cual tendrán que desplegar una gama históricamente consolidada de recursos político-comunicativos que van desde la organización de actos públicos, las comunicaciones con la prensa, las conversaciones con la Administración y los partidos políticos, etc., hasta eso que suele llamarse “medidas de presión”, como por ejemplo convocar campañas, manifestaciones o actos de protesta, con el fin principal de acumular el capital simbólico necesario para hacerse visibles en los media y ser escuchados por el Estado.

III

He dejado para el final de este recorrido por los agentes que construyen simbólicamente el fenómeno de la inmigración a la universidad, para analizar con más detalle en qué consiste su contribución, con qué mecanismos funciona y sobre qué recursos se apoya. De una forma muy resumida, podemos decir que si la universidad juega un papel destacado en todo esto es porque se le supone la capacidad de producir un saber legítimo, un discurso al que todos los demás agentes sociales van a reconocer como la descripción más precisa de los detalles relevantes de un fenómeno complejo³. Y ese reconocimiento no es meramente simbólico, sino que se traduce en formas concretas de relación entre la universidad y los otros agentes que he ido mencionando. Por ejemplo, cuando los media quieren aportar la opinión de un experto (esa figura tan específicamente mediática, que no tendría reconocimiento social si no existieran los propios medios de información) acuden generalmente a los profesores universitarios, porque les suponen un conocimiento profundo de la cuestión. También lo hacen así los agentes de la sociedad civil, que si tienen recursos para ello van a organizar foros y preparar publicaciones en las que los estudiosos de la inmigración tendrán presencia y harán oír su voz, esa voz autorizada que todos escuchan esperando encontrar en ellas respuestas a las preguntas que surgen en la vida social. Por su parte, los movimientos sociales buscan la colaboración de académicos (como se les llama en los países anglosajones; aquí suele usarse el término de intelectuales, aunque no sea exactamente lo mismo) afines a sus posiciones para reforzarlas discursivamente, es decir, para encontrar argumentos sólidos sobre los que apuntalar su actividad social y política.

³ Por limitaciones de espacio, no puedo detenerme a describir ni los mecanismos por los cuales la universidad ha ido ganando esa legitimidad a lo largo de la historia. Tampoco entraré aquí, por la misma razón, en algo que es más importante: en diferenciar las distintas posiciones, hasta cierto punto antagónicas, de rivalidad, que podemos encontrar dentro del campo universitario, igual que nos encontramos con ellas dentro de los otros campos mencionados: el político, el burocrático, el mediático, el “opinático” y el asociativo. Con todo, es necesario aclarar mínimamente que aunque en este texto hablemos de cada uno de esos agentes como si fuesen actores unitarios que juegan su papel de forma coherente (reduccionismo especialmente abusivo cuando se habla, como se hace en algún punto de este texto, de un supuesto “investigador social” genérico), en realidad cada uno de ellos es en sí mismo un escenario de duras luchas sociales.

Todas estas formas de interacción entre agentes implicados en la construcción social de la inmigración no siempre resultan satisfactoria para las partes implicadas en ellas. Las apariciones mediáticas de personas pertenecientes al mundo académico, que se producen sobre todo en la prensa escrita, les aportan reconocimiento social y alimentan su vanidad personal. Pero cualquiera que haya conocido la trastienda de los media, aunque sea de forma indirecta, habrá tenido la impresión de que se trata de una esfera que funciona con una reglas despóticas (condensación máxima de los contenidos, escasez del espacio y del tiempo disponibles para transmitirlos, etc.), que resultan muy extrañas para quien no pertenezca a él. Hasta el punto de que, en ocasiones, la sensación que puede quedar tras el contacto con los media (no como consumidor, sino del lado de la producción de sus contenidos) es la de estar asistiendo a una representación teatral, de que lo queda allí reflejado tras un complejo proceso que va desde la pregunta del reportero hasta el titular del redactor tiene poco que ver con la realidad. Sobre todo en sus detalles más sutiles, esos que atraen la atención de los investigadores sociales pero no suelen llegar a entrar en los titulares periodísticos. Pero como decíamos, los medios de información de masas son los árbitros del espacio comunicativo social y los jinetes de la opinión pública, y como tales imponen sus reglas a quienes quieran captar su atención.

De un signo contrario suelen ser las relaciones entre la sociedad civil y los estudiosos de la inmigración. En ellas, son estos últimos quienes suelen ocupar una posición dominante, salvo en aquellos casos en que sus interlocutores tienen muchos recursos, como pasa con las organizaciones empresariales, los grandes sindicatos o las fundaciones privadas. Pero por lo general son los universitarios quienes marcan la pauta de esas relaciones, y cuando son invitados a participar en algún foro o acto público organizado por un agente de la sociedad civil (y resulta muy ilustrativo que se utilice el verbo “invitar”, que refleja claramente quien hace la petición y quien tiene el poder de decidir si acepta o no) suelen gozar de un alto grado de libertad para plantear su intervención de la forma que les parezca más conveniente, dentro del margen generalmente amplio en que les ha sido planteada la demanda. Por ello, es lógico que aquí la insatisfacción suela caer del lado de los movimientos sociales y demás agentes de la sociedad civil. No es raro que estos queden frustrados en su deseo de encontrar en los discursos de los especialistas académicos respuestas a las cuestiones que se les plantean, a veces de forma acuciosa, en el desarrollo de sus actividades, frustración que se ve acrecentada por el hecho de que viene acompañada de una cierta violencia simbólica. Quiero decir que al ser los académicos los detentadores legítimos del capital cultural acumulado en la institución universitaria, a menudo actúan como mandarines que administran ese capital en régimen de monopolio, acusando desde su posición privilegiada a los agentes de la sociedad civil de no entender lo que ellos tratan de transmitirles, de buscar respuestas fáciles a problemas complejos, de no saber ver los problemas concretos con la distancia suficiente como para reflexionar sobre ellos de forma sosegada. Acusación fácil de hacer para quien tiene recursos disponibles para realizar esa reflexión, por ejemplo, la posibilidad de distanciarse de un problema que se tiene cuando no se es el encargado de afrontarlo directamente, y se dispone además de mucho tiempo para meditar sobre él. Como mostró Bourdieu (1999a), si la universidad pudo constituirse históricamente como el campo social de producción del Conocimiento con mayúscula, es en gran parte porque desde sus comienzos toda su organización material y simbólica hizo posible el desarrollo de un pensamiento escolástico, es decir, de un pensamiento que está alejado de las prácticas que realizan los sujetos sociales en su vida real, en

situaciones concretas que tienen muy poco que ver con las situaciones abstractas imaginadas por los académicos en sus laboratorios y bibliotecas. El resultado de esta distancia entre lo abstracto y lo concreto, entre lógica escolástica y lógica práctica, es que quienes piensan según las reglas de la primera resultan a veces incapaces de comprender la segunda.

Así pues, situados entre los medios de información de masas y los agentes de la sociedad civil, de quien más cerca están los estudiosos universitarios es del Estado. Primero, porque su propio medio, la universidad, es en realidad parte de él, por lo menos en los países en los que ésta es mayoritariamente pública, como es el caso del nuestro. (Y en este sentido, la lógica escolástica de la que acabo de hablar podría entenderse como una especie de lógica burocrática, el equivalente académico de las reglas de funcionamiento interno del aparato del Estado.) Y segundo, porque mantienen con él una relación fluida en la cual las Administraciones Públicas pagan para que los investigadores produzcan los conocimientos sobre el fenómeno de la inmigración que el Estado considera relevantes en cada momento, y los investigadores necesitan de esa financiación para llevar a cabo su actividad. Pero que sea una relación fluida no significa que sea una relación horizontal, puesto que, como suele decirse, en ella quien paga manda y fija las condiciones del intercambio.

De manera que, con el fin de conseguir financiación para sus estudios, los investigadores se adaptan a las demandas de las instituciones públicas, o incluso a veces tratan de anticiparse a ellas a fin de hacer sus estudios más “vendibles”, es decir, más atractivos para esas instituciones financiadoras. Así, no es raro que acaben ejerciendo una especie de autocensura consciente o inconsciente para tratar de adecuar sus planteamientos a los de sus mecenas institucionales. Por ejemplo: es lógico que las instituciones del Estado esté interesadas en conocer sobre todo los aspectos de la inmigración más problemáticos, y los que suceden en su ámbito territorial (nacional, autonómico, provincial o local), puesto que son esos sobre los que pueden y tienen que intervenir. Pero no lo es tanto que los investigadores acepten resignadamente este enfoque —miope desde un punto de vista científico— de un fenómeno que es internacional por definición, y que no se puede comprender observando sólo lo que ocurre en España y dejando de lado todo lo que sucede en los países de origen de la inmigración, a los cuales las redes migratorias permanecen fuertemente ancladas y los migrantes siguen unidos de múltiples maneras, pues no por vivir aquí pierden todo contacto con su país. (No hay más que fijarse en un elemento de nuestro paisaje urbano hasta hace pocos años inexistente: los locutorios telefónicos, que además suelen funcionar como pequeñas agencias de envío de dinero, permitiendo la comunicación y el flujo de remesas hacia los países de origen.) A pesar de que ello resulta obvio para cualquiera que se dedique al estudio de las migraciones, son muy pocas las investigaciones donde se analiza esa otra parte de las migraciones, más allá de algunas generalidades sobre el origen social y cultural de los inmigrantes, a menudo a base de tópicos que muchas veces oscurecen la cuestión más que aclararla, pues están basadas en informaciones de tercera mano y en las ideas que desde los países centrales del capitalismo mundial nos hacemos de la periferia. Y es que los sociólogos, por el hecho de serlo, no se libran del etnocentrismo.

Esto último hace pensar en otro problema de los datos oficiales sobre inmigración, y contra el que el investigador social tiene que luchar continuamente: el hecho de que la gran mayoría de los datos estadísticos con que cuenta para sus estudios han sido producidos por el Estado con fines burocráticos, no para servir a la investigación social. Como la

variable principal que aparece en ellos es siempre la nacionalidad, se produce inevitablemente un efecto de homogeneización de la población inmigrante por países, efecto que conecta automáticamente con lo que podríamos llamar “la falacia culturalista” o “nacionalista”. Me refiero a la creencia de que cada nación tiene una cultura homogénea, compartida por todos sus habitantes. Y así es como se empieza a generalizar sobre los marroquíes, los ecuatorianos, los europeos del este, etc., creyendo que todos los que vienen de un país comparten los mismos valores, tienen el mismo proyecto migratorio y prácticamente el mismo perfil social. Y no estoy diciendo con esto que sea imposible generalizar. Evidentemente, si las ciencias sociales son posibles es porque tiene sentido hacer generalizaciones entre una población que comparte unos rasgos determinados; y entre esos rasgos puede estar la nacionalidad, pero no tiene por qué ser así. Piénsese por ejemplo en lo diversa que resulta de la población española, dentro de la cual hay multitud de factores discriminantes que nos distinguen a unos de otros, hasta el punto de que los tópicos sobre un supuesto carácter nacional que todos compartiríamos nos resultan ridículos a poco que nos paremos a pensar sobre ellos. O piénsese también, por poner un ejemplo relacionado con la inmigración, en los diferentes que son los argentinos que llegaron a España en los años 70 y los que están llegando ahora: aquellos eran sobre todo familias porteñas de una clase media culta (entre ellos había muchos profesionales) que huían de la inestabilidad política; mientras que estos de ahora son mayormente jóvenes que emigran por la crisis económica, y que tienen un origen más diverso en términos geográficos y sociales.

Pero los mayores despropósitos se producen cuando los estudiosos de las migraciones tratan de responder, en calidad de “especialistas”, a las preguntas imperiosas que se le lanzan desde otros ámbitos de la sociedad. La más conocida de ellas es sin duda la cuestión de la integración, que casi siempre se plantea de una forma tremendamente simplista, casi como si pudiera responderse con un monosílabo: ¿se integran los inmigrantes en la sociedad española, sí o no? Esa sería la pregunta del millón cuya respuesta todos quieren saber, como si en ella radicase la clave del fenómeno de la inmigración. En los media, entre los agentes de la sociedad civil, en la opinión pública, incluso entre los propios responsables políticos (a pesar de que estos últimos cuentan con los recursos para llegar a hacer diagnósticos más elaborados) se dicen cosas tan peliagudas como “España puede aceptar inmigrantes mientras estos se integren, pero en el momento en que dejen de hacerlo habrá que cerrar las fronteras a cal y canto”; o también: “los de unos países se integran peor que los de otros, y sólo hay que aceptar a estos últimos”.

Pues bien: frente a preguntas de ese tipo, la universidad debe guardar distancias; pues si no lo hace y se presta a simplificar las cosas hasta ese punto, está contribuyendo a construir simbólicamente el fenómeno migratorio a partir de los prejuicios extendidos en una sociedad, sin alejarse de ellos ni un centímetro. Y lo que tiene que hacer es precisamente lo contrario: tiene que devolver al resto de los actores sociales la pregunta, hacerles ver que no tiene sentido ver la sociedad como un cuerpo integrado de ciudadanos, un conjunto del que se entra a formar parte una vez que se cumplen unos requisitos en términos culturales, económicos, de forma de vida o de cualquier otro tipo. Frente a esa visión, que fue superada hace tiempo por la teoría sociológica, hay que plantear las cosas de otra manera, y decir claramente que todos los inmigrantes están integrados en nuestra sociedad, en el sentido de que han entrado a formar parte de ella desde el momento en que se asentaron en España y entablaron relaciones (que no tienen por qué ser armoniosas) con la población española y sus instituciones. La cuestión no es pues “integración sí o no”, ni siquiera “la

integración es un camino que recorren los inmigrantes”, sino estas otras, bien distintas: ¿qué estatus tienen los inmigrantes en nuestra sociedad? ¿De qué trabajan? ¿dónde viven? Etc. O bien, si se trata de hablar de exclusión y inclusión social (algo muy distinto de la integración: hay que ser preciso en el manejo de los conceptos), comparémoslos con el conjunto de la población española y fijémonos en si están discriminados por el hecho de ser inmigrantes, y cuáles son los factores que están actuando en esa discriminación, factores como pueden ser la etnicidad, la clase social, la nacionalidad, el género, etc.

IV

Quiero dedicar la última parte de mi exposición, antes de la conclusión, a hacer una comparación histórica entre la situación que vivimos hoy en España y otra del pasado. Creo que es una comparación esclarecedora, una aportación genuina que quienes trabajamos en la universidad podemos hacer para una mejor comprensión del fenómeno de la inmigración, y por lo tanto, para una construcción simbólica del mismo más ajustada a la realidad. Y es que en el estudio de la historia encontramos a menudo una fuente de inspiración para comprender el presente, como saben muy bien los historiadores y deberían recordar más a menudo los sociólogos. Esta comparación es entre la forma en que durante los siglos XIX y parte del XX se hablaba de “la cuestión obrera”, y la forma en que desde hace algo más de una década se habla en España de lo que podría llamarse “la cuestión migratoria”. Subirats (2002:14) la resume así: “los inmigrantes ocupan así el viejo papel de «clases peligrosas» reservado hace cien años a la clase obrera”. Y es que aunque el panorama haya cambiado bastante desde entonces, y las instituciones sociales son distintas (el Estado se ha desarrollado y ha absorbido la mayoría de las “tareas sociales” de las que antes se encargaba la Iglesia, la sociedad civil se ha fortalecido, la opinión pública se ha ampliado y ha ganado protagonismo de la mano de los media, entonces inexistentes), hay cosas que se repiten, y que tienen mucho que ver entre sí⁴:

–En primer lugar, algo muy importante: una separación clara entre el sujeto y el objeto del discurso, es decir, entre quienes hablan porque tienen capacidad para hacer oír su voz y que su opinión sea tenida en cuenta –son los agentes que acabo de enumerar– y aquellos de quienes se habla en tercera persona: los inmigrantes, que por su posición social parecen desprovistos de voz individual o colectiva. Esto va cambiando a medida que se fortalecen las asociaciones de inmigrantes, lo cual a veces no es contemplado con buenos ojos por las autoridades públicas, para quienes la gestión de las relaciones sociales es siempre más fácil cuando se encuentran con un interlocutor pasivo que cuando este plantea sus propias demandas y toma iniciativas⁵. Pero mientras tanto, mientras los inmigrantes van transmitiendo a la sociedad civil su visión y organizándose como interlocutores de las instituciones a través de asociaciones propias, los agentes principales de la construcción simbólica de la inmigración siguen siendo otros: los responsables políticos que gestionan el fenomé-

⁴ Para una descripción minuciosa de alguna de las formas en que se planteó “la cuestión obrera” en la España de la segunda mitad del XIX y primer cuarto del XX, ver Sierra Álvarez (1990).

⁵ No puedo dejar de recordar aquí los cambios introducidos por el anterior gobierno en el Foro de la Inmigración, una institución consultiva donde esas asociaciones tenían voz y voto, para que las organizaciones de inmigrantes y ONGs quedasen en minoría en asamblea, garantizando que siempre prevaleciese en él la palabra del Estado.

no, los expertos que hablan del mismo, los medios de información de masas que orientan nuestra visión de él, los actores de la sociedad civil que tienen sus propios puntos de vista, etc.

-En segundo lugar, una consideración de los inmigrantes como una “clase excluida” (así es como se hablaba de los obreros a principios del siglo XX), una clase social surgida del fenómeno de la inmigración (igual que la clase obrera surgió de la revolución industrial) a la que hay que integrar a través de mecanismos institucionales que compensen los procesos sociales por los cuales esa clase es excluida de las ventajas de vivir en un país desarrollado y regido por un Estado de derecho.

-Esa es precisamente la tercera característica que se repite en la forma en que se planteó “la cuestión obrera” en su momento y se plantea hoy “la cuestión migratoria”: una separación tajante entre causas estructurales y efectos “sociales” (y aquí, digo la palabra “social” en el sentido que toma cuando se habla del “Ministerio de Asuntos Sociales”, de la “sensibilidad social de las empresas”, etc.). Mientras que por un lado se asume la bondad, o por lo menos la ineluctabilidad, de las relaciones norte-sur que provocan los movimientos migratorios y definen la posición social de los inmigrantes, por otra se trata de paliar las consecuencias excesivas de dichas relaciones estructurales. O sea, que mientras se celebra la aportación de mano de obra inmigrante a nuestra economía, se olvida que esa aportación está definida por la precariedad legal y económica. Porque hay que recordar, cuando se dice aquello de que los inmigrantes “vienen a hacer los trabajos que nosotros no queremos”, que lo que los españoles no quieren no son los puestos de trabajo en sí mismos, sino las condiciones de trabajo que estos conllevan en términos de sueldos bajos, inseguridad, dureza, etc⁶. Si esos puestos de trabajo tuviesen mejores condiciones y estuviesen mejor pagados, seguro que habría más personas dispuestas a ocuparlos, tanto españolas como inmigrantes.

Pierre Bourdieu (1999b) criticó esta extraña separación entre causas y efectos mediante una metáfora: la de que el Estado tiene, como las personas, una mano derecha y otra izquierda. La mano derecha sería la principal, la más fuerte, la que lleva las riendas de los grandes procesos sociales y se ocupa, por ejemplo, de la economía y la seguridad, las cuestiones de orden público, etc. Y la mano izquierda sería, claro, la del Trabajo, la Vivienda, el Medio Ambiente y los Asuntos Sociales. Bourdieu hace esta clasificación y la enlaza con la metáfora evangélica que dice: “que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha”. Es decir: con la derecha haz una cosa y con la izquierda otra distinta, sin que la mano débil pueda intervenir en lo que hace la fuerte. (Y tal vez la imagen bíblica podría llevarse más lejos, pues seguro que en los consejos de ministros el Vicepresidente Económico y el Ministro de Interior se sientan a la derecha del Presidente del Gobierno, igual que el día del Juicio Final los justos se sentarán a la derecha del Padre).

V

La principal aportación que puede hacer la universidad a la construcción simbólica de la inmigración es ayudar a conocerla mejor, contribuir a que la imagen que tengamos de ella sea lo más ajustada posible a la realidad. Y que nadie entienda la palabra “reflexionar” en un sentido contemplativo, imaginándose a un sabio aislado del mundo y mirando-

⁶ Sobre este tema, ver Colectivo Ioé (1999).

lo desde lo alto de su torre de marfil. No: para las ciencias sociales, el conocimiento es una actividad trashumante, un ir de acá para allá, de la penumbra silenciosa del archivo a la deslumbrante cacofonía de la calle. Y como buen explorador, el sociólogo de las migraciones debe llevar siempre consigo un cuchillo bien afilado y pulido por los dos lados, pues lo necesita para una doble tarea: por una parte tiene que diseccionar todo aquello que aún ignora sobre los factores que encauzan los flujos migratorios internacionales y modelan la inserción de los inmigrantes en la sociedad española. Pero por otra, y esto es lo más difícil, tiene que desbrozar los prejuicios (empezando por los suyos propios) y hender los clichés que encubren los aspectos más oscuros de esa realidad, para abrirse paso a través de ellos. Porque el principal obstáculo al conocimiento no es la ignorancia, sino la creencia de que se sabe, de que todo es diáfano y se puede leer el libro de la sociedad como quien lee un periódico donde cada día está escrito un diagnóstico preclaro del mundo en que vivimos. Volviendo otra vez al símil de los cristales que utilicé al principio, hay que recordar que los media son la mejor lente que tenemos en las sociedades complejas para enfocar al mundo, pero que como todas las lentes producen un efecto óptico deformante que debe ser tenido en cuenta para no confundir la imagen del objeto que tenemos delante de los ojos con el objeto mismo, que es siempre complejo y presenta muchas caras. O si en vez de pensar en cristales pensamos en focos que nos sirven para iluminar la realidad, lo que no hay que olvidar nunca es que un foco demasiado potente puede llegar a deslumbrarnos y cegar nuestra mirada, mientras que al mismo tiempo, por el contraste, genera sombras y deja en la oscuridad otras cosas distintas de aquellas pocas a las que dirige todo su poder de iluminación.

Pero no es así, porque como decía el conocimiento del mundo social no se obtiene echando un vistazo por la ventana como quien cada mañana mira qué tiempo va a hacer hoy. Es un conocimiento que se produce con un gran esfuerzo, pues muchos son los obstáculos con que se encuentra quien trate de estudiar la sociedad. Hasta el punto de que el sociólogo tiene a menudo la sensación de que la sociedad se resiste a ser estudiada, como si no le gustase lo que aprende de sí misma y quisiera negarlo y olvidarlo. Así, podría decirse de ella en conjunto lo mismo que decía Freud de cada sujeto individual: que contrariamente a lo que suele decirse sobre que el afán por conocer forma parte de la naturaleza humana, parece que hay muchas cosas que preferimos no conocer, partes importantes de nuestra sociedad a las que preferimos no mirar, pues no nos gusta lo que vemos en ellas.

Creo que uno de los obstáculos en el estudio de la inmigración radica precisamente ahí. Determinadas realidades relacionadas con ella resultan incómodas a la mirada, pues muestran aspectos de nuestra sociedad que contradicen la idea que nos gusta hacernos de nosotros mismos como miembros de una sociedad civilizada y democrática, cuyas instituciones funcionan de forma racional para alcanzar fines éticamente elevados. De nuevo pienso en Freud cuando señalaba con qué facilidad metemos debajo de la alfombra lo que queremos olvidar cuanto antes. Y hay dos cosas que siempre nos cuesta recordar: por una parte, de dónde venimos, y por otra, hacia donde vamos.

Hablando de inmigración, Juan Goytisolo (1997) ha caracterizado irónicamente a la sociedad española como una sociedad de nuevos ricos, nuevos demócratas y nuevos europeos. Como los nuevos ricos reflejados por el cine y la literatura, los españoles se avergüenzan de su pasado, quieren olvidarlo cuanto antes, y que los demás también lo olviden o lo ignoren. Y tal vez por eso no queramos saber mucho sobre la realidad de la inmigra-

ción, porque como pasa con todos los grandes fenómenos sociales, en ella está inscrita la historia reciente de nuestra sociedad. Los inmigrantes nos recuerdan que aunque ahora somos nuevos europeos los españoles también fuimos emigrantes que vivíamos extramuros de esa fortaleza llamada Europa. Nos recuerdan también que si nos hemos enriquecido mucho en los últimos años, acercándonos al nivel medio de los países occidentales, es en gran parte porque otros más pobres han venido a producir riqueza trabajando de sol a sol en nuestros campos y nuestras casas. Finalmente, los inmigrantes nos recuerdan con su presencia que aunque hoy somos nuevos demócratas, tal vez no lo seamos tanto como creemos, puesto que una sociedad donde los derechos fundamentales no se cumplen de igual forma para todos, y donde no reconoce la condición de ciudadanos a una parte de quienes la integran, tiene aún mucho que aprender sobre el respeto a los Derechos Humanos.

El problema es que ningún conocimiento es posible sin memoria, y por eso dije antes que el esfuerzo por conocer en qué sociedad vivimos pasa ineludiblemente por recordar en cuál vivíamos hasta hace poco. Pero ya digo que no es sólo el pasado lo que queremos olvidar, sino también el futuro. O mejor dicho: no queremos pensar en él, a pesar de que hay signos claros que indican hacia donde nos dirigimos. Para que nadie pueda llamarme agorero por recrearme en desgracias que aún no han ocurrido (aunque tal vez estén empezando a ocurrir ya), voy a limitarme a mencionar una cuestión: viendo cómo crece en España eso que suele llamarse la “segunda generación”, en qué condiciones se produce su escolarización y su incorporación al mercado de trabajo, todo apunta a que la diversidad étnica en España será en las próximas décadas no sólo un elemento de diversidad, sino también de desigualdad estructural. Es decir, que la sociedad española del futuro será multiétnica, sí (eso es algo que ya todo el mundo acepta de mejor o peor gana), pero también etnoestratificada. Esto quiere decir que el lugar que ocupará cada uno en esa sociedad vendrá marcado en gran parte por su origen y el color de su piel. No hace falta ser adivino para pronosticar esto: es algo que ocurre ya en todos los países multirraciales occidentales, en esa Europa de los Derechos Humanos a la que tanto admiramos, y a cuyo modelo de sociedad nos acercamos a pasos agigantados.

¿Y qué puede hacer la universidad frente a todo esto? Pues reflexionar, en el sentido etimológico de la palabra. El verbo “reflexionar” tiene un origen común con el de “reflejar”, así que la reflexión puede entenderse como un mirarse al espejo para observarse a uno mismo. Para ello la universidad tiene que contar con los otros actores a los que he ido mencionando a lo largo de mi intervención, pues con ellos interactúa de una forma u otra. Esa interacción será más fructífera cuanto más horizontal y dialógica sea, y cuanto menos imponga una de las partes sus criterios a las otras. Si el Estado encorseta la investigación social en una lógica burocrática, la sociología será pobre y engañosa, y cada vez será más difícil hacerle ver al emperador que está desnudo. Si la sociedad civil van a escuchar al sociólogo como a un oráculo, este acabará creyéndose a sí mismo un sacerdote que lanza desde su altar sermones a una audiencia lejana, en lugar de dialogar con ella y aprender de su experiencia práctica⁷. Si los medios de información de masas acuden a los despachos universitarios en busca del diagnóstico infalible, la información que saldrá destilada en el titular del día siguiente tendrá un contenido muy superficial y efímero. Frente a todos esos

⁷ El riesgo a evitar aquí es el de convertirse en un *fast thinker*, como llamó Bourdieu (1997) a esos intelectuales todoterreno que salen casi todos los días en los medios opinando sobre los temas más diversos y complejos, sin haberse tomado el tiempo ni el esfuerzo de documentarse ni de meditar sobre ellos.

riesgos, y otros derivados del propio ámbito académico que ahora no puede entrar a describir, los sociólogos deben permanecer vigilantes y saber mantener su independencia, pues sólo así podrán hacer bien su trabajo y devolver a la sociedad lo que esta invierte en recursos públicos destinados a la investigación social. Pero si se meten a ejercer de políticos, de expertos mediáticos o de líderes de la sociedad civil, habrán dejado de hacer sociología, y estarán haciendo otras cosas para las cuales seguramente están mucho peor cualificados.

Quiero concluir citando de nuevo a Jesús Ibáñez, maestro de varias generaciones de sociólogos españoles. Él solía decir precisamente que la sociología es la forma que tiene la sociedad de conocerse a si misma, como si se mirase en un espejo de palabras que le dijeran que aspecto tiene. Pero para que eso pase de verdad la sociología debe ser un saber independiente y crítico con las instituciones sociales, incluyendo a la propia universidad. De otra forma, ese espejo acabará siendo como el de la madrastra de Blancanieves, al que ella miraba sólo para alimentar su vanidad y sus ansias de poder, sin querer escuchar las verdades desagradables que este tuviera que decirle.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, P. (1997): *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama.
 (1999a): *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.
 (dir.) (1999b): *La miseria del mundo*, Madrid, Akal.
- COLECTIVO IOÉ (1999): *Inmigrantes, trabajadores, ciudadanos: una visión de las migraciones desde España*, Universidad de Valencia.
 (2000): *Inmigración y trabajo: trabajadores inmigrantes en el sector de la construcción*, Madrid, IMSERSO.
- GOYTISOLO, J. Y NAÏR, S. (2001): *El peaje de la vida: integración o rechazo de la emigración en España*, Madrid, Aguilar.
- IBÁÑEZ, J. (1994): *Por una sociología de la vida cotidiana*, Madrid, Siglo XXI.
- SIERRA ALVÁREZ, J. (1990): *El obrero soñado: ensayo sobre el paternalismo industrial*, Madrid, Siglo XXI.
- SUBIRATS, J. (2002): “¿De qué seguridad hablamos?”, en *El País*, 25 de octubre.
- ZAPATA-BARRERO, R. (2004): “Discurso político sobre la inmigración”, *El País*, 23 de octubre 2004, p.16.